



VAPORES

DE LA

COMPANIA TRASATLANTICA

(antes A. Lopez y C.a)

REPRESENTADA POR LA

COMPANIA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS.

El vapor-correo

S. IGNACIO DE LOYOLA.

SU CAPITAN D. JOSE RIQUER.

Saldrá el 5 de Marzo próximo á las nueve de la mañana para Barcelona con escalas en Valencia, Cartagena, Cádiz, Vigo, Coruña y Liverpool.

El registro se cerrará el día 3.

Admite carga y pasaje.

Se admiten seguros sobre embarques en el mismo vapor.

Para el equipaje se observarán los artículos del Reglamento aprobado por Real orden de 14 de Noviembre de 1887 siguientes:

1.º—Los equipajes se entregarán á bordo por los interesados ó sus encargados con presentación del billete de pasaje.

2.º—En los puertos cabeza de línea, la mayor parte de los equipajes debe ser embarcados en la víspera de la salida del buque. No se recibirán en el día de la salida, más que pequeñas maletas, sacos de noche y sombreros.

Desde dos horas antes de su salida, estará en el pantalán de los vapores de Cavite uno para conducir el pasaje á bordo; estando prohibido el embarque el día anterior.

Administración: PLAZA DE COITI 11.

FOTOGRAFIA PERTIERRA

Carriedo 2.

En esta casa se necesitan operarios de Laboratorio y retoque, se pagan bien sabiendo su obligación, si algún jóven que tenga principios de dibujo quiere aprender retoque, se le enseñará y podrá llegar á ganar buen sueldo.

GUIA DEL COMPRADOR

de terrenos baldíos y realengos, por D. Miguel Rodríguez Berriz, jefe Letrado de la Administración Central de Rentas, Propiedades y Aduanas, que contiene la legislación vigente del ramo, mas la de aguas, zonas militares, contencioso-administrativa y ordinaria, con decisiones y sentencias del Supremo Tribunal de Justicia, Consejo de Estado, Presidencia del Consejo de Ministros y suprimido Consejo Real.

Se halla de venta en la Imprenta y Litografía de D. Manuel Perez hijo, calle de S. Jacinto núm. 30.

CARRERAS DE CABALLOS.

Las próximas carreras tendrán lugar en los días 24, 25 y 26 del mes corriente y los billetes para las mismas se espandan en la Sombriería de los Sres. Secker y Ca. Id. del Sr. D. Adolfo Richter. La Imprenta de Manila, y en la Perfumería del Sr. D. Enrique Grupe, á los precios siguientes:

Billetes para 3 días...	2
Id. para 2 id.	1-50
Id. para 1 id.	1

Manila 16 de Febrero de 1888. Clerk del hipódromo, E. HERRMANN.

Calendario

V PARTE RELIGIOSA.

Febrero, tiene 29 días.

Santo del día.
26 DOMINGO 2º de Cuaresma.—San Andrés, obispo confesor y San Victoriano mr.

Santo de mañana.
27 LUNES.—San Alejandro obispo y San Baldomero confesores.

Santo de pasado mañana.
28 MARTES.—San Roman abad confesor, San Abundio y San Fortunato mártires.

Parte Militar.

GOBIERNO MILITAR.

Servicio de la plana para el 26 de Febrero de 1888.

PARADA. Los cuerpos de la guarnición.—Vigilancia, los mismos.—JEFE DE DIA. El Comandante D. Enrique Millán.—IMAGINARIA, otro D. Adolfo Villa.

Vapor BATANGAS

Saldrá para Masbate y Tacloban, el día 29 del corriente, á las doce de la mañana.

Admite carga y pasaje.

F. L. Roxas.

COMPANIA DE LAS Mensajerías Marítimas. AGENCIA DE MANILA.

VAPORES CORREOS de Manila á Saigon.

El vapor SAIGON, capitán Mr. Itasse, saldrá de este puerto el 5 de Marzo, á las nueve de la mañana, para Saigon, en combinación en aquel puerto con el vapor SAGHALIEN de 5000 toneladas, que saldrá para Marsella el 10 de Marzo.

Por el vapor directo via Saigon se recibirán en adelante en esta agencia, á precios reducidos, los buques ó paquetes midiendo menos de 3 plés cúbicos y de un valor no superior á \$50, entregando inmediatamente un conocimiento al expedidor.

Este vapor admite fletes y pasajes para Saigon, Singapur, Batavia, Colombo, Calcuta, Nápoles, Marsella, Le Havre, Londres, Amberes, los puertos del Báltico, América del Sur, y también para Hong-kong, Shanghai y Yokohama.

Rebaja de precios de pasajes para los señores empleados del Gobierno español, Militares y Ordenes religiosas.

Por fletes y pasajes dirigirse á A. de Saavedra, Agente Anloague núm. 6, frente del Banco Hong-kong & Shanghai. ph

Desde esta fecha los que suscriben quedan encargados de todos los asuntos pertenecientes á los Sres. Hijos de J. Jover y Serra de Barcelona.

Manila 15 de Enero de 1888. RICARD SOLER Y C.a Escolta 22.

LETRAS a la vista

sobre Madrid, capitales y principales pueblos de España.

Giro por telegrama avisándose al domicilio del interesado.

Batlle Hermanos y C.a Pasaje de Perez (Escolta.) p6

Papel catalan

de los Sres. Hijos de J. Jover y Serra, vende RICARD SOLER Y C.a

D. Antonio de Roxas, ABOGADO, ofrece su bufete, calle de Anda 3, entresuelo. p13

AGRIMENSOR

Y PERITO TASADOR DE TERRENOS DEL ESTADO, con larga práctica en la profesion.

Reconocimiento de terrenos, levantamiento de planos, certificaciones periciales, etc., etc. pdfh

Cabildo 27.

ANTIGUA FABRICA DE HIELO.

Establecido 1870.

BARRACA NUM. 12.—BINONDO.

Hielo cristalizado, duro y limpio á 3/4 céntimos la libra.

SERVICIOS DE SUSCRICIONES A DOMICILIO Y EN LOS DEPOSITOS Intramuros, Botica de D. Jacobo Zobel, calle Real. Binondo, Botica de D. Joaquin Garrido, plaza de San Gabriel. La Fábrica, calle de la Barraca J. WITTE Y C.a

MUELLES DOVELAS Y SILLARES

DE Piedra de Guadalupe y Meycauyan.

Cal de piedra y de ostra, Hermigon de Tinogeros. Pedazos de piedra Meycauyan, para cimientos y terraplen. Darán razon de sus precios y admiten pedidos. Calle Mamarte, núm. 1, altos.—Tondo. ph

LA IBERIA

Fábrica de tabacos, cigarrillos y picadura.

Se ha trasladado á la calle de Clavería núm. 9 y su espendio central á la de San Jacinto 37, frente al puente de la misma; donde sus favorecedores encontrarán un constante surtido en cigarrillos, cigarrillos y picaduras de excelentes calidades. Los pedidos al por mayor á la fábrica. 9—Clavería—9. MANILA. ph

¡¡APROVECHAR LA OCASION!!

En el Bazar LA PUERTA DEL SOL.

PRECIO FIJO. AL CONTADO.

1000 pares zapatos para señora que se venden á \$ 4 y 3 el par, que por liquidar se darán á \$ 1.

OTROS 1000 pares zapatos lona con hebilla y tranquilla para caballeros á \$ 1 el par.

500 zapatillas para idem á \$ 0-25 par.

500 zapatitos para niños á \$ 0-25.

Bazar "LA PUERTA DEL SOL" Manila. J. F. RAMIREZ.

AVISO IMPORTANTE.

A LOS PRECIOS MAS ALTOS.

Se compra toda clase de prendas viejas de PLATA y ORO, aunque estén completamente rotas, que no tengan uso ninguno, y aunque no estén rotas, se compran de la misma manera.

También se compra toda clase de bordados de PLATA, igualmente viejos, lo mismo que esté bordado en vestidos que en franjas, tisús, casullas, esterillas, chaveteras, galones de militares ó marinos etc.

Se compran además todas las MONEDAS FALSAS, que se les aproveche alguna liga de oro ó PLATA, para extraérsela en la fundición. Además se inutilizan á presencia del vendedor.

San Fernando casa de huéspedes LA AMISTAD. I

¡Ojo señores consumidores!

A un real el mazo

de diez esquistos tabacos CABALLEROS con anillo.—Se venden en La Favorita. Escolta núm. 20, esquina al pasaje de Perez. dmh

Palmas bravas. Venden muy baratas. SANS Y CODINA Calle Barcelona 3. I

Un nuevo TOILET

mucho útil y de novedad para todo escritorio, acaba de recibir La Gran Bretaña. Calle Real, esquina á la de San Juan de Dios. J. A. Ramos

ESTADO actual de la COMPANIA DE REMOLCADORES Y LANCHONES DE CARGA segun balance de 31 de Diciembre de 1887.

Activo.		Pasivo.	
Caja	\$ 414'34	Capital	\$ 93.931'08
Material flotante	101.431'08	Fondo de reserva	371'81
Cuentas pendientes	856'40	Dividendos pendientes	106'49
		Obligaciones por pagar	7.500'00
		Ganancias y pérdidas	799'44
			102,701'82

DETALLE DE LA CUENTA GANANCIAS Y PERDIDAS. 1887.

DEBE		HABER.	
Diciembre 31.—Satisfecho por faltas en las descargas			
Gastos generales: Saldo de esta cuenta que representa los gastos ocurridos y la comision del Agente durante este semestre	1.355'76		
Intereses y descuentos: Saldo de esta cuenta, que representa el saldo de esta cuenta que representa los saldos por fletes durante el presente semestre	142'70		
Reparaciones de Lanchas: Saldo de esta cuenta que representa los gastos originados por las Lanchas en sus reparaciones durante el actual semestre	2.602'99		
Saldo de esta cuenta: ó sea el Beneficio líquido realizado en este semestre	792'44		
Lanchas: Saldo de esta cuenta			7.083'02
			\$ 7.083'02

S. E. d. O. Manila 31 de Diciembre de 1887. El Agente. (Firmado) R. Montañés. Examinadas las anteriores cuentas y hallándolas conformes con los libros llevados por el Agente y los cuales llenan las prescripciones del Código mercantil pongo mi conformidad. Manila 28 de Enero de 1888. (Firmado) R. Reyes.—(Firmado) J. B. Arce. p1

BAZAR DE EUROPA.

18—Escolta—18.

Acabamos de recibir un grande y variado surtido de cromos, fotografías y otras novedades.

“Ojo” OPERAS PARA PIANO “Ojo” A PRECIOS DE BARATILLO.

Sonámbula	\$ 0'50	D. Juan	\$ 0'75
Lucía	0'50	Linda de Chamounix	1'12
Lucrecia	0'50	Gazza Ladra	1'12
I Puritani	0'65	Guillermo Tell	1'25
María di Rohan	0'65	Hugonotes	1'25
D. Pascuale	0'65	Semiramide	1'25
Barbero	0'65	Dinorah	1'50
Favorita	0'65	Il Profeta	1'62

ESPECIALIDADES FARMACEUTICAS, ESPAÑOLAS

ESPERIMENTADAS POR LOS MEJORES CLINICOS.

Cápsulas de Hipnosa.	Cápsulas a. hígado bacalao.
— de Terpinol.	Id. copaiba brea y tolu.
— de Morrhuol.	Id. id. sándalo y cubebas.
— de sándalo.	Id. id. febrifugas (especiales.)

etc. etc.

Elixir febrífugo Dr. Cruixent. Se garantiza su procedencia y pureza.

AGENTE UNICO—E. PUIGDOLLERS. Botica S. Sebastian.—Manila. idmv

CAFÉ Y RESTAURANT DE LA MARINA.

Se sirven desayunos y comidas desde las cinco de la mañana á las diez de la noche. h

Agenda.

ADMINISTRACION GENERAL DE COMUNICACIONES. CORREOS.

Por el vapor inglés Zafiro, que saldrá para Hong-kong y Emuy, el 27 del actual á las cuatro de la tarde, esta Administración remitirá á las dos de la misma la correspondencia que hubiere para dichos puntos, China y la Mala del Pacífico. Manila 25 de Febrero de 1888.—El jefe de servicio, D. Sandin.

MOVIMIENTO DEL PUERTO.

ENTRADAS DE CABOTAJE.

De Ilocos, pbot. "Infante," en 5 días, con efectos: Quia.

De Dagupan, pontin "Bella Antonia," en 3 días, con arroz: A. N. José.

De Balayan, pbot. "Ogoño," en 2 días, con azúcar: á la órden.

De Luban, id. Trece," en 6 días, con maderas: J. M. Fleming.

SALIDAS DE CABOTAJE.

Para Dagupan, panco "Monaog."

Para idem, b. gta. "Cármén."

Para idem, panco "Planeta."

Para idem, pontin "Buena Suerte."

Para Nasugbu, lancha "Flecha"

Para idem, id. "Bella."

Para idem, b. gta. "Dos Hermanas."

Para Samar, id. id. "San Miguel."

Para Sual, id. id. "Flores de María."

Para Bulan y esc., v. "Hermínia."

Para Batangas, v. "Bacolod."

Para Union, pontin "Esperanza."

Para Iloilo y Misamis, "Aeolus."

Para Laguinanoc, b. gta. "San José."

Para Batolan, panco "Remedio."

Para Balayan, pbot. "Progreso."

Para idem, b. gta. "Orateno."

Para Cebu y esc., v. "Remus."

Para Ilocos, pontin "Bella Hocsana."

Para Sorogon y esc., v. "Antonio Muñoz."

Para Dagupan, pbot. "Concepcion."

Para Candón, panco "Cruzado."

Para Pagbilao, pbot. "San Antonio."

Para Dagupan, id. Iman."

Para Bauan, panco "Esperanza."

Para Nasugbu, lancha "Niña."

Para Batangas, v. "Tala."

Para Dagupan, pontin "Cruzado."

Para Dagupan, v. "Camiguin."

Para Lemery, pbot. "Iris."

Para Boac y esc., v. "Bilbao."

Manila 26 de Febrero de 1888

DON JOSE FERNANDEZ GINER

(NOTAS LITERARIAS.)

¡Cuán lejos estaba yo de pensar en el triste desenlace que ha tenido la rápida enfermedad del Sr. Giner!

Sobre mi mesa de trabajo tengo una cariñosa carta, escrita de puño y letra del Sr. Giner, el día 17 del corriente, en la que me decía que se preparaba á contestar los artículos que, sobre la Novela Filipina, venia yo hilvanando, en forma de epístolas á él dirigidas.

Calculen, pues, mis lectores cuál sería mi sorpresa, al leer, en los periódicos del 21, que el Presidente interino de la Real Audiencia se hallaba enfermo de algun cuadro!

Suspendí mis Cartas, en la esperanza de que se curaría pronto, y hoy, cuando

menos lo esperaba, pues los periódicos dicen que el Ilmo. Sr. Giner había experimentado algun alivio, cuando menos lo esperaba, decía, se me ha dado la triste noticia de su fallecimiento...

El dolor, como el bienestar, tienen sus notas. ¡Qué tristeza tan grande se apodera de mí, cuando considero que mi torpe pluma no sirve para expresar los sentimientos que ahora me embargan!

Conocía yo al Sr. Giner hacía muy poco tiempo; unos cuatro meses, nada más. Pero el afecto que yo le profesaba, dijérase que era el producto de un trato no interrumpido durante muchos años.

Lo cual se explicarán fácilmente mis lectores, cuando yo les diga, cómo empezaron mis relaciones amistosas con el ilustre finado.

Yo sabía que este señor había tenido en más de dos ocasiones, palabras de benevolencia para el escritor de última fila que se firma "Desengañados." Como es natural, la figura del Sr. Giner, para mí

desconocida á la sazón, no podía por menos de serme simpática: los que estamos acostumbrados á saber que otros que de diario cultivan iguales afecciones que las que yo cultivo, nos despelloran desapiadadamente un día y otro; siempre que sabemos que alguien que vale lo que Giner valía, tiene para nosotros una frase de estimación literaria, una misteriosa corriente de simpatía, hija legítima del agradecimiento, entabla amistades con el generoso desconocido que se dignó alabarnos.

Una tarde, hará cosa de siete ó ocho meses, mi excelente amigo—antiguo camarada del Sr. Giner—D. Manuel Scheidnager, me detuvo en mi camino, para decirme:

—El magistrado Giner tiene deseos de conocer á V.: dígame cuándo y dónde puedo ir á buscarle, para que vayamos juntos á hacerle la visita.

Anduvo el tiempo, y con ocasion de habernos encontrado en una Repostería, el Sr. Rodoreda, mi buen amigo, me pidió que se les hagan en los casos fijados en esta Instrucción, como tambien las dudas que la interpretación de los preceptos de esta y de los contenidos en los pliegos de condiciones, suscite.—Pero si los puntos motivo de consulta ó reclamacion no se hallaren previstos ni hubiese recaído respecto á ellos disposicion alguna aclaratoria, elevarán el incidente, con su informe, á la Direccion general de Administración civil, para que este Centro lo resuelva por sí ó proponga á la Superioridad lo que crea conveniente, segun proceda.

3.º Inspeccionar por sí mismos, al girar la visita anual reglamentaria á todos los pueblos de la provincia ó del Distrito, los libros de actas de las Juntas, los talonarios para la recaudacion y los de Contabilidad, comprobando los padrones con estos y con las cuentas, subsanando los defectos que se notaren, amonestándolas si obedecieren á descuido ó poco celo, é instruyéndolas, en otro caso y si lo considerasen necesario al oportuno expediente para exigir las debidas responsabilidades.

4.º Ejercer una asidua y efectiva vigilancia respecto de los actos de las Juntas y sus delegados, y de haberse

AVISOS

MARTILLO DE Federico Calero. ESCOLTA 17. Por providencia del Juzgado de 1.ª instancia del distrito de Binondo...

MARTILLO DE José Gutierrez. Por ausente rse su dueño y debidamente autorizado por el mismo...

Regimiento Peninsular ARTILLERIA. El día 2 del próximo mes de Marzo, á las nueve de la mañana...

C. LABARBE Y Cia 16 CALLE DAVID—MANILA. Representantes de los primeros industriales franceses...

Una maestra de instrucción primaria, desea dar lecciones á domicilio...

Lecciones de Matemáticas, Trigonometría plana y esférica y Teneduría de libros...

FOTOGRAFIA DEL GLOBO ANTIGUA DE R. MAYER 9-ESCOLTA-9. Altos de la Tienda de los Calalanes...

ALFONSO LIBAU, gerente que ha sido durante 3 años de la Fotografía de Van Camp...

Escolta 30. La Funeraria completa desde la agonía al nicho.

Doroteo salvador Afinaor del Real Colegio de Santa Isabel y de la Concordia...

CONRADO MARTELL CIRUJANO DENTISTA POR LA FACULTAD DE MEDICINA Y CIRUJIA DE BARCELONA.

ENFERMEDADES DE LA BOCA ESPECIALIDAD en la construcción de DIENTES Y DENTADURAS.

LIMPIEZA DE LA BOCA por medio del Motor dentario de la casa Samuel, S. White de Filadelfia.

ELIXIR Odontológico anti-escorbútico para conservar la salud de la boca...

HORAS DE CONSULTA De siete a doce mañana y de tres á siete tarde.

SE VISITA A DOMICILIO. 16—Escolta—16. PIEDRAS LEGITIMAS DE GUADALUPE.

J. GABARDA. MEDICO Dulumbayan núm 7. Aviso. A la orilla del Canal de la Reina...

Se alquila la casa núm. 55 en la calle de Calbido; razon Solana 23.

Se alquila la casa núm. 47, con un gran entresuelo, Arlegui, Tandany; ajuste Camisería de Sequera.

Se alquila la casa núm. 8 callejon de Pereira (Jólo); razon plaza de Goiti núm. 7 (Santa Cruz).

ACADEMIA DE SOLFEO Y PIANO

BAJO LA DIRECCION DE LA SRTA. D.ª EMILIA TORRES Primer premio del Conservatorio de Madrid. Tambien dá lecciones á domicilio. Magallanes 44, entresuelo.

DONATICO ARÉVALO DENTISTA MECÁNICO.

Especial en orificacion ó empaste de oro y en platino en amalgama y cemento por medio del aislamiento del molar ó incisivo de la humedad de la respiracion por el sistema del mazo autómático...

PRECIO MÓDICO. Plaza Goiti, Sta Cruz, n.º 2.

LA PUREZA.

ALMACEN DE VINOS SUPERIORES AL POR MENOR. Plaza Calderon de la Barca, esquina á la calle de Joló, Binondo.

Tenemos el gusto de ofrecer al público, nuestro modesto establecimiento de vinos superiores...

ALMACEN DE LA INDIA INGLESA. Tenemos el gusto de participar á nuestros numerosos parroquianos...

TARACHAND, THAWAROAS Y Cia

PROVEEDORES DE LA REAL CASA DE S. M. Escolta 14. Tenemos el gusto de participar á nuestros numerosos parroquianos...

Crema Simon

POLVOS DE ARROZ SIMON Jabon de Crema Simon maravillosos para el rostro en la toilette...

EL VESUBIO

Taller de fuegos artificiales de E. Cavagliani. Se reciben encargos de provincias.

FINCAS

Se alquilan la casa núm. 7 de la calle de Santa Potenciana y habitacion de dos y de tres piezas...

Se alquila una casa á la subida del puente de Meisic. En la inmediata darán razon.

Se alquila una ventilada casa con techo de hierro, en la calle Diaz (Trozo) número 37...

Se alquila la casa núm. 47, con un gran entresuelo, Arlegui, Tandany; ajuste Camisería de Sequera.

Se alquila la casa núm. 8 callejon de Pereira (Jólo); razon plaza de Goiti núm. 7 (Santa Cruz).

Se alquila la casa núm. 8 callejon de Pereira (Jólo); razon plaza de Goiti núm. 7 (Santa Cruz).

Se alquila la casa núm. 8 callejon de Pereira (Jólo); razon plaza de Goiti núm. 7 (Santa Cruz).

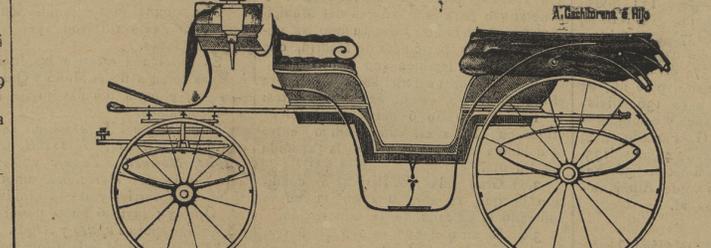
COMPANIA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

PROVEEDORA DE LA REAL CASA Premiada con diploma de honor en las Exposiciones de Manila 1882, Amsterdam 1883, Amberes 1885, y con el gran diploma de honor en la de Filipinas en Madrid 1887.

PRECIOS CORRIENTES DE LA FABRICA "FLOR DE LA ISABELA"

Table with columns: VITOLAS CUBANAS, MENAS FILIPINAS, PICADURA, CIGARRILLOS. Includes prices for various tobacco products like Incomparables, Imperiales, Regios, etc.

Manila 1.º de Setiembre de 1887.



El crédito continuado de dicho establecimiento, es debido á su escogido material de Europa y Estados Unidos...

Advertisement for Legitim Collares de Royer, featuring an image of a collar and text describing its quality and availability.

LORMONT

UN VERDADERAMENTE BUEN VINO DE BURDEOS. HOLLMANN & Co. A. S. Watson & Co., Limited.

Advertisement for Quinum Labarraque, a medicinal tonic, with text describing its benefits and manufacturer information.

Large advertisement for Parfumerie du Monde Élegant Delettrez, featuring a perfume bottle and text about 'Agua Mirifica' and 'Agua de Toilette'.

VILLA DE PARIS.

Abanicos de todas clases elegantes y última moda; alhajas de oro 18 kilates en aderezos, medios, pendientes...

MANUAL DE LOS JUECES DE PAZ

FOR D. JOSE ROBLES LAHESA, Jefe de 1.ª instancia de la provincia de Isla de Negros, CON UN PROLOGO de D. JOSE FERNANDEZ GINER, Presidente de Sala de la Real Audiencia de Manila.

Esta obra contiene toda la legislación relativa á la organizacion y régimen de los Juzgados de Paz, sus deberes y atribuciones...

Está anotada y concordada con el Código Penal vigente, ley orgánica del Poder Judicial, la provisional para el plantamiento del Código, la de Enjuiciamiento civil y Compilacion criminal...

Se compran muebles sencillos y ajueres completos, Razon General Gándara núm. 23. Trozo.

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Artículos de quincalla en cerraduras para aparador...

LA FAVORITA Escolta 20, esquina al pasaje de Peres. Objeto de arte en alabastro, electos de Europa, China y Japon.

LA FAVORITA Escolta 20, esquina al pasaje de Peres. Perfumeria escogida de Atkinson, Violet Deletrez, Gelle freres...

LA FAVORITA Escolta 20, esquina al pasaje de Peres. Espejos, alombros, calzado, sombreros...

LA FAVORITA Escolta 20, esquina al pasaje de Peres. Depósito de su lin igual tela y pasta de goma...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Surtido completo de libros en blanco para contabilidad...

LA FAVORITA Escolta 20, esquina al pasaje de Peres. Gran surtido de cromos, estampas religiosas...

LA FAVORITA Escolta 20, esquina al pasaje de Peres. Sorbetes á 1 real todos los dias y se remiten en garrafita siempre que el pedido se haga de ocho en adelante.

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Cajas de hierro para dinero y documentos, cajas de colores, pinicetes...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Cubiertos metal blanco sin platear. El surtido más completo y más barato en batería de cocina...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Gran surtido de papel y sobres para cartas, papel secante...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Cabezadas, baticolas, acciones para esteros, mantillas, bocados...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Asientos de goma, cinturones, cantimploras, bocinas...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Brochetas de afeitar, peines y tendreras, espejos de viaje...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Romanas y balanzas de mano y para mesa, etc.

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Gran surtido de armas en escopetas, Lefauchaux, Remington...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Pianos de arpa de 1 y 2 cañones, revolvers, carabinas...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Romanas y balanzas de mano y para mesa, etc.

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Gran surtido de piam en escopetas, Lefauchaux, Remington...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Pianos de arpa de 1 y 2 cañones, revolvers, carabinas...

Bazar Filipino. 31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto. Romanas y balanzas de mano y para mesa, etc.

Vertical text on the far right edge of the page, likely a page number or additional notice.

LEON XIII Y PIO IX

Leo Quesnel ha publicado un interesante artículo en la Revista Suiza. Su condición de católico liberal da al artículo tonos simpáticos, dignos de ser leídos.

Por el espíritu y por la letra—dice—parece Pio IX más bien ir hacia atrás, en el curso de las edades, que caminar hacia adelante. La importancia que daba a las definiciones de puntos que no eran por lo menos oportunos, las devociones de pormenor que instituyó, el impulso que otorgó a ciertas formas del celo religioso, todo ello nos muestra que el último Papa era un hombre de temperamento moral, mucho más femenino que filosófico.

En los primeros momentos de su Pontificado se entregó con ardor, más bien cándido que prudente, a reformas políticas, en las cuales no perseveró lo bastante. Durante el segundo período, y particularmente en los últimos años, los católicos fervientes, y él mismo han vivido una vida devota, casi febril, en medio de un entusiasmo por la persona del Pontífice y por las nuevas formas del culto, que no tenía nada de común con el verdadero espíritu de nuestro siglo.

El escritor que nos ocupa cree que el otro papel que debe desempeñar el Papa, el papel de padre, también lo realiza mejor el Pontífice actual: Leon XIII es un hombre de paz.

No se vea en él ni las exaltaciones de celo de su predecesor, ni sus arranques entusiastas; sino que, al contrario, respaldado en él un espíritu pacífico apropiado a las circunstancias. El mundo entero se halla en guerra; pero el porvenir, según todas las apariencias, pertenece a la paz.

El filósofo Heriberto Spencer cifró la felicidad humana en el desarrollo de la simpatía, y la simpatía, que el cristianismo llama caridad, es el fruto y la fuente al mismo tiempo de la paz y la ventura.

Después del largo período napoleónico y de todas las incursiones extranjeras hechas por el país, el bandolerismo había tomado en los Estados romanos un incremento verdaderamente inaudito. Los pequeños nobles del país se habían convertido, como en los tiempos feudales, en verdaderos jefes de bandidos.

Uno de esos aristócratas, sentido por los procedimientos del delegado del Papa en las provincias, fué a ver a Monseñor Pecci, quejándose de lo que con él se hacía, precisamente por orden del actual Pontífice. Le amenazó dicho hidalgo con quejarse en Roma, y Leon XIII le contestó:

—¿Lo ha pensado usted lo bastante? —Ciertamente y lo he resuelto. —Y bien, no; no lo ha reflexionado usted lo bastante: esta noche dormiré usted en mi palacio, y reflexionará usted más.

Y con efecto, mandó prender al personaje que venía con aire de gran señor italiano del siglo xv y que acababa de cometer sin número de atropellos. Aquella misma noche la policía entró en el castillo de este caballero, y prendió a toda una partida de ladrones.

La repetición de actos de igual energía en ocasiones sucesivas, libraron al país de esta plaga, y cuando fué en 1841 a gobernar otra provincia, Monseñor Pecci debió en el país la expresión de eterna gratitud de sus habitantes.

Tenía a la sazón 31 años. Dos años después, en la carrera diplomática, como Nuncio de Su Santidad en Bruselas, demostró también sus cualidades excepcionales.

La situación de un Nuncio en una corte es delicada. Monseñor Pecci, encargado de la corte modelo de grave cortesía, se encontró, por la finura de

su trato y de su talento, enteramente en su terreno.

Cuéntase una anécdota, cuyos puntos de certeza se ignoran. Pero es el caso que un día cierto marqués creyó darle una broma de buen gusto, haciéndole admirar una tabaquera en la cual estaba pintada Venus, en el traje como se la representa saliendo de las ondas.

Leon XIII miró la pintura, aunque sin detenerse mucho en la contemplación, y acto seguido se la devolvió a su interlocutor:

—Muy linda, muy linda. ¿Es el retrato de la señora marquesa? El bromista se puso encarnado hasta las cejas, y comprendió que le habían devuelto diente por diente, dándole con ello una severa lección.

Monseñor Pecci permaneció en Bélgica desde 1843 a 1846. En esta época, señalada por la muerte de Gregorio XVI y el advenimiento de Pio IX, fué llamado de Bruselas a Roma y preconizado Arzobispo de Perugia.

Leo Quesnel señala los pormenores de la elección de Leon XIII que, como es sabido, no dió su bendición papal *urbí et orbí*, desde el balcón exterior de San Pedro, sino que se contentó con darla a los fieles que había dentro del templo, desde el otro balcón que da a la iglesia; se constituyó, desde este momento, en nuevo prisionero.

Leo Quesnel cree que Leon XIII es un verdadero doctor de la Iglesia, por su confianza inequestrable en la verdadera ciencia, por la aplicación a la ilustración y la cultura y su fé en la enseñanza. Bajo este punto de vista, es el Papa que necesitaba nuestro siglo, Pio IX—atreyémonos a decirlo—tendría, a pesar de todo su encanto y toda su piedad, a restringir el espíritu del mundo católico. Leon XIII tiende, por el contrario, a ensancharlo.

El escritor que nos ocupa cree que el otro papel que debe desempeñar el Papa, el papel de padre, también lo realiza mejor el Pontífice actual: Leon XIII es un hombre de paz.

No se vea en él ni las exaltaciones de celo de su predecesor, ni sus arranques entusiastas; sino que, al contrario, respaldado en él un espíritu pacífico apropiado a las circunstancias. El mundo entero se halla en guerra; pero el porvenir, según todas las apariencias, pertenece a la paz.

El filósofo Heriberto Spencer cifró la felicidad humana en el desarrollo de la simpatía, y la simpatía, que el cristianismo llama caridad, es el fruto y la fuente al mismo tiempo de la paz y la ventura.

Después del largo período napoleónico y de todas las incursiones extranjeras hechas por el país, el bandolerismo había tomado en los Estados romanos un incremento verdaderamente inaudito. Los pequeños nobles del país se habían convertido, como en los tiempos feudales, en verdaderos jefes de bandidos.

Uno de esos aristócratas, sentido por los procedimientos del delegado del Papa en las provincias, fué a ver a Monseñor Pecci, quejándose de lo que con él se hacía, precisamente por orden del actual Pontífice. Le amenazó dicho hidalgo con quejarse en Roma, y Leon XIII le contestó:

—¿Lo ha pensado usted lo bastante? —Ciertamente y lo he resuelto. —Y bien, no; no lo ha reflexionado usted lo bastante: esta noche dormiré usted en mi palacio, y reflexionará usted más.

Y con efecto, mandó prender al personaje que venía con aire de gran señor italiano del siglo xv y que acababa de cometer sin número de atropellos. Aquella misma noche la policía entró en el castillo de este caballero, y prendió a toda una partida de ladrones.

La repetición de actos de igual energía en ocasiones sucesivas, libraron al país de esta plaga, y cuando fué en 1841 a gobernar otra provincia, Monseñor Pecci debió en el país la expresión de eterna gratitud de sus habitantes.

Tenía a la sazón 31 años. Dos años después, en la carrera diplomática, como Nuncio de Su Santidad en Bruselas, demostró también sus cualidades excepcionales.

La situación de un Nuncio en una corte es delicada. Monseñor Pecci, encargado de la corte modelo de grave cortesía, se encontró, por la finura de

su trato y de su talento, enteramente en su terreno. Cuéntase una anécdota, cuyos puntos de certeza se ignoran. Pero es el caso que un día cierto marqués creyó darle una broma de buen gusto, haciéndole admirar una tabaquera en la cual estaba pintada Venus, en el traje como se la representa saliendo de las ondas.

Leon XIII miró la pintura, aunque sin detenerse mucho en la contemplación, y acto seguido se la devolvió a su interlocutor: —Muy linda, muy linda. ¿Es el retrato de la señora marquesa?

El bromista se puso encarnado hasta las cejas, y comprendió que le habían devuelto diente por diente, dándole con ello una severa lección. Monseñor Pecci permaneció en Bélgica desde 1843 a 1846.

En esta época, señalada por la muerte de Gregorio XVI y el advenimiento de Pio IX, fué llamado de Bruselas a Roma y preconizado Arzobispo de Perugia.

Leo Quesnel señala los pormenores de la elección de Leon XIII que, como es sabido, no dió su bendición papal *urbí et orbí*, desde el balcón exterior de San Pedro, sino que se contentó con darla a los fieles que había dentro del templo, desde el otro balcón que da a la iglesia; se constituyó, desde este momento, en nuevo prisionero.

Leo Quesnel cree que Leon XIII es un verdadero doctor de la Iglesia, por su confianza inequestrable en la verdadera ciencia, por la aplicación a la ilustración y la cultura y su fé en la enseñanza.

Bajo este punto de vista, es el Papa que necesitaba nuestro siglo, Pio IX—atreyémonos a decirlo—tendría, a pesar de todo su encanto y toda su piedad, a restringir el espíritu del mundo católico.

Leon XIII tiende, por el contrario, a ensancharlo. El escritor que nos ocupa cree que el otro papel que debe desempeñar el Papa, el papel de padre, también lo realiza mejor el Pontífice actual: Leon XIII es un hombre de paz.

No se vea en él ni las exaltaciones de celo de su predecesor, ni sus arranques entusiastas; sino que, al contrario, respaldado en él un espíritu pacífico apropiado a las circunstancias.

El mundo entero se halla en guerra; pero el porvenir, según todas las apariencias, pertenece a la paz. Predicarla, concurrir al establecimiento de ella, equivale a ponerse a la cabeza del movimiento social.

con increíble velocidad, corto el espacio para sus bríos y nunca breve el tiempo ni mal aprovechado. Encima de los soberbios corceles, como llamarada que produjese su rápido frote con el aire, flamean los colores vivos y penetrantes de sus ginetes. Allí... allí van, desentatados, corriendo cada vez con mayor empuje, bucean de carne que no se detiene y huye, corre, se aleja...

Animadas discusiones aquí y allá, y expectación por todas partes: ojos que reflejan la avidez de la codicia, próxima a satisfacerse, lábios que se contraen con nervioso gesto iracundo, sonrisas de indiferencia desfilarradora; y acá y allí, quien corre apresurado y forcejea por lograr un buen sitio para ver la lucha, quien abre con aturrida rapidéz el libro de apuntes, y alguno, flemático y calmoso, consulta el reloj y cuenta los segundos con la impasible frialdad del tiempo mismo, que ni se apresura ni se agita en aquella vorágine de pasiones é impaciencias febriles.

En la tribuna, exuberante de formas y espléndida de colores, rodeada por espesa turba de gomosos que galanteos la prodiga, está una mujer, hacia la cual convergen todas las miradas y las conversaciones todas, como si allí no hubiese más hermosa que la suya; y en verdad que es hermosa, provocativamente hermosa, con ese encanto que brilla y deslumbra, con el seductor atractivo que requiere salones en que cautivar inteligencias y rendir voluntades, muy lejos la suya de ser una de esas bellezas que hablan al alma, que hacen germinar en ella dulces y plácidos sentimientos: es una hermosa cruel, despótica.

Y vedla sinó, como acoge con indiferente encogimiento de hombros frases y palabras encomiásticas; vedla sinó como ríe con insultante provocación cuando escucha algo que trascienda a apasionamiento idealista... y más que nunca en este momento, cuando toja su atención se halla reconcentrada en la lucha hípica y siguen sus grandes ojos al grupo de caballos que galopa fugaz a lo lejos, como si fluido misterioso de su alma por ellos le enviase, mientras la mórbida oleada que en su seno dibuja la respiración se detiene é ratos y se descompasa, conforme los incidentes y circunstancias de la lucha hípica.

—Juega V. mucho, Marquesa?—pregunta uno de sus adoradores. —¡No!...—contesta secamente. —Como sigue Vd. con tanto interés la carrera... —¡Bal... Déjeme Vd. sus gemelos. —Tanto mirar hacia allí... ¿era cosa de hacerse jockey!... Los de aquí, ¿no merecemos nada?

Y la Marquesa—que ni oye ni ve, fuera del objetivo de los gemelos, que apuntan insistentes hacia los caballos, dirigidos por la manita regordeta y aterciopelada que los sostiene,—con el silencio contestá a tales súplicas, dando á entender que tiene graves intereses comprometidos en la lucha—los de su esposo, que apuesta con entusiasmo;—mas, si pudieran penetrar nuestras investigadoras miradas en el fondo de aquel sér, tan bello por el exterior, pero que repele por dentro, semejante á esas lagunas azules y difusas en la superficie, con ciego repulsivo en sus profundidades, algo grave, extraño y absurdo nos daría la solución del problema.

—Pero ¿quien se fija ni piensa en eso? Allí... allí todas las miradas; allí, allí la atención del público, sobre la pista... que ya han pasado dos veces los briosos brutos en apretado haz ante la tribuna, haciendo temblar la tierra con su violento galope como ruido de ondulacion seísmica, y pronto llegarán á la meta, terminando la última etapa de su lucha, la tercera vuelta al hipódromo. *Gladiador, Milano y Principe* van casi á la par, devorando la distancia, primero con los ojos, después con la jadeante respiración, luego con el poderoso impulso de sus piernas... dudoso es el triunfo y el interés creciente: un paso más, un empuje desesperado y cualquiera de los tres se colocará á la cabeza, haciendo respirar el polvo de la derrota á sus competidores.

Quíbrase la luz sobre el sudado lomo de los caballos y vése, indeciso por la distancia, el movimiento de brazos de los ginetes, que ya empiezan á castigarlos cruelmente para ganar la cercana meta... Pero, de improviso: ¡Hurra, hurra... hip, hip!... bramam los espectadores frenéticos, y suenan palmas y gritos de entusiasmo loco, intenso... Es que *Gladiador*, en un arranque supremo, timbre de gloriosa energía para el caballo y de habilidad en su ginete, avanza resuelto, marca dos salidas bruscas y de ímpetu indecible... y ya galopa, alto, soberbio, victorioso, delante de sus compañeros, sueltas al aire las

flotantes crines, enderezada la rizosa cola y sediento del espacio que le queda por vencer... Mas ¡ay!, un grito estridente, de pavor y espanto, brota de la agitada much-dumbre... ¿qué pasa? ¿qué sucede?...

Gladiador ha tropezado haciendo una violentísima inclinación hacia adelante, y su jockey, inerte materia que sigue el anterior impulso, inclínase también, choca su pecho contra la cerviz del caballo, vacila un instante y salta despedido de la silla, yendo á rebotar sordamente contra el duro suelo... y *Principe*, entretanto, gana terreno, dá un avance decisivo y conquista la meta, entre confusion, gritos y exclamaciones.

La marquesa, pálida, convulsa, angustiada, levántase del asiento y dirige, con mano que vacila y tiembla, los gemelos hacia el lugar donde ha caído el gine... Vé un nutrido grupo de curiosos que importunamente se oponen á su afana mirada; y luego... exhala un grito agudo, penetrante, desigual, y cáe desplomada sobre los brazos más próximos que la recogen... De aquel grupo se han destacado y caminan lentamente hacia la ambulancia dos hombres, que llevan á un jockey, cuyas extremidades penden con pesadéz cadavérica...

—¡Pero esta mujer mía, que impresionable se ha vuelto...!—exclama el Marqués acudiéndola, ayudado por otros.

Y las sales y esencias logran su efecto: al poco rato la Marquesa vuelve en sí, y mira con extraño estupor á los que la rodean.

—No hay que asustarse, hija: sintámoslo por el jockey, el infeliz Arturo, mi *ex-groom* favorito, que se ha descarrimado; pero su caída me vale algunos miles, pues jugaba por *Principe*...

Y la marquesa, ya en absoluta posesión de sí misma, rehénca á sus nerviosidades, exclama sonriendo: —¡Ah!... ¡Pero ha sido Arturo el que cayó?... ¡Pobrecillo!

A. DE LA R.

LA CALLE

(De El Liberal.)

De trecho en trecho, sobre la claridad tibia del día que alorea, se destacan dos siluetas de cuerpos agachados, removiéndolo los montones de basura alineados á lo largo del arroyo. Viejas trapearas, cubiertas de harapos, andrajosas, mostrando en sus rostros amarillos y arrugados y en sus ojos muertos, sin mirada, las huellas del alcohol y de la crápula, ó acaso el rastro del hambre y de la miseria, circulan pensosamente por la calle solitaria y silenciosa que invade á poco tropel de barrenderos con las palas y las escobas al hombro, arrastrando los zapatos, gruesos como zuecos, sobre los adoquines de la calzada. El carro de la basura, lleno hasta los bordes de mal olientes materias, resíduo diario de la ciudad, que recoge con avidez el campo, se aleja al son monótono de la campanilla indiscreta, mientras que, poco á poco, van saliendo á la compra las criadas con la cesta al brazo, el pañuelo echado sobre la frente, los párpados temblones de sueño, apretando el paso para reunirse en la esquina con el garrido militar que les ayuda el domingo á gastar las sisas de la semana.

La calle, limpia y despejada, húmeda del riego, comienza ya á estas horas á estar más concurrida. Pasan de prisa los obreros que van al trabajo, con el cigarrillo en la boca, llevando algunos el humilde almuerzo en un saco atado á la muñeca, parándose á la puerta de las tabernas ante la mesa donde se alinean los *chicos* de aguardiente en torno del enorme frasco medio vacío; después vienen los estudiantes madrugadores, embozados en la capa, los libros debajo del brazo, á tiempo que empiezan á circular los coches de punto, dirigiéndose á la estación respectiva, donde, puestos en fila, aguardan la llegada de los parroquianos matinales. La buñolera cuenta sobre el zinc de la mesa portátil el producto de la venta de la mañana y se apresura á recoger los cacharros de la leche, mientras que los horteras, malhumorados, abren las tiendas, produciendo un ruido estridente al chocar las barras de hierro contra las baldosas de la acera, dejando errar su vista sobre los reflejos dorados de los bufuelos y aspirando el olor del aceite frito que vaga entre las miasmas del aire, y pasan corriendo, la gorrilla de seda ladeada sobre la oreja, los repartidores de periódicos, tropezando con los vendedores ambulantes, en medio del trajín laborioso de la ciudad que se despierta y principia á vivir un nuevo día.

El sol vá subiendo en el horizonte y derrama su luz viva sobre la calle que atraviesan grupos de devotas con el mial de fletes dorados en la mano, los ojos fijos en el suelo y la fisonomía contrita. Las doce: los transeúntes cruzan presurosos la calle, en busca del almuerzo; los tranvías atestados de gente, suben y bajan por la ancha arteria de la ciudad, al trote largo del tiro de mulas, el pelado lomo al aire, desembarazadas de arcos complicados; y al pié de las obras en construcción, por grupos sentados en torno de los árboles cuyas hojas amarillean al acercarse el invierno, los obreros comen en familia el popular cocido. Las mujeres vá sacando de la cesta el pobre ajuar de cocina; el puchero de barro cocido, la cazuela con dibujos de azulito, las cucharas de metal oxidado, la servilleta que sirve de mantel, el litro de vino barato y la libreta de á real, que parte con la navaja el trabajador hambriento. El muchacho de diez años come de prisa, con el apetito voráz y egoísta de la infancia, mientras que la madre, enfamecida y extenuada por el trabajo, cuenta los bocados, apartando el pedacito de carne para su marido que enguñá beza echada hacia atrás, empujando en alto la botella, moviendo la nuez á cada glú-glú del líquido que cae en la garganta.

En las primeras horas de la tarde, la calle toma un aspecto más variado, mientras circulan por sus aceras, el estómago lleno, en plena digestión, los burgueses de gabán y sombrero de copa, el puro entre los labios, yendo al café á comentar en torno de una mesa, con la taza delante, los sucesos de la víspera, y parados en las esquinas, ocupados en ver pasar la gente, hablando á veces, escupiendo á menudo sobre las baldosas del piso, los innumerables ociosos de Madrid, matan el tiempo en actitudes llenas de indolencia, y toman el sol con la serenidad del orgullo legítimo de hidalgos españoles.

Suenan, entre tanto, al principio de la calle, los acordes vibrantes de una charanga militar, y un regimiento de infantería sube en correcta formación hacia las afueras, precedido por los gastadores, de aire marcial, que ocupan toda la anchura de la calzada. El fusil al hombro, la mochila, sobre la que se ajusta la tartera, sujeta á la espalda, calzados con alpargatas cuyas cintas negras rodean el tobillo, los soldados desfilan, marcando el paso, bajo el sol radiante que al quebrarse en la superficie tersa de las bayonetas, deja en la retina chispas de luz cruda.

El día acaba en medio del bullicio de la ciudad, en plena animación hacia el crepúsculo: la sombra se vá extendiendo sobre la calle y los operarios del gas corren á encender los faroles, á tiempo que regresa del paseo la sociedad ociosa y elegante. Los cafés lentamente se iluminan, proyectando su claridad á través de los cristales sobre los grupos de gente que baja, revuelta y confundida, hacia el centro de la población. Las mamás, ceñidas y ajustadas por el corsé, que sujeta las formas desbordantes, van detrás de las pollas, de polison enorme, pintadas, dejando un olor de polvos de arroz, que absorbe entusiasmado el novio, pegado á sus faldas, flameante y estirado cual figurín de sastrería. Las ruedas de los coches rechinan sobre los adoquines y los caballos briosos, de limpios arcos y bocados relucientes, arrastran los trenes de la aristocracia y las berlinas de las *cocottes*, arrelinadas sobre los almohadones del carruaje, con gestos de reina, desbordando de vicios en medio del lujo que paga su vergüenza, y allí, en lo alto, el ocaso su ilumina, envuelto en espejismos de luz que dibujan reflejos rosados.

Mujeres bonitas pregonan los periódicos de la noche y de nuevo la calle se llena de gente y de ruido; las linternas de los coches y los faroles del tranvía producen á distancia el efecto de lucecitas caprichosas que se mueven en la sombra, los transeúntes pasan con los gabanes abrochados ó envueltos en las capas; modistillas de andar rápido y airoso, llevando en las manos paquetes de ropa, se paran ante los escaparates de los joyeros, codiciándose con estudiantes bromistas; los políticos corren de un lado á otro en busca de noticias: familias burguesas dirigen sus pasos al teatro y desde los cafés atestados de gente llega hasta la calle el rumor apagado de las conversaciones, mientras que, parados sobre la acera, grupos de toreros, estorbando el paso, requiebran á las mujeres y exhiben su botonadura de brillantes que irradian en cascadas luminaosas.

El reloj de la Puerta del Sol apunta las dos de la madrugada y de vez en cuando cruzan la calle algunas Venus de

derrama su luz viva sobre la calle que atraviesan grupos de devotas con el mial de fletes dorados en la mano, los ojos fijos en el suelo y la fisonomía contrita. Las doce: los transeúntes cruzan presurosos la calle, en busca del almuerzo; los tranvías atestados de gente, suben y bajan por la ancha arteria de la ciudad, al trote largo del tiro de mulas, el pelado lomo al aire, desembarazadas de arcos complicados; y al pié de las obras en construcción, por grupos sentados en torno de los árboles cuyas hojas amarillean al acercarse el invierno, los obreros comen en familia el popular cocido.

Las mujeres vá sacando de la cesta el pobre ajuar de cocina; el puchero de barro cocido, la cazuela con dibujos de azulito, las cucharas de metal oxidado, la servilleta que sirve de mantel, el litro de vino barato y la libreta de á real, que parte con la navaja el trabajador hambriento. El muchacho de diez años come de prisa, con el apetito voráz y egoísta de la infancia, mientras que la madre, enfamecida y extenuada por el trabajo, cuenta los bocados, apartando el pedacito de carne para su marido que enguñá beza echada hacia atrás, empujando en alto la botella, moviendo la nuez á cada glú-glú del líquido que cae en la garganta.

En las primeras horas de la tarde, la calle toma un aspecto más variado, mientras circulan por sus aceras, el estómago lleno, en plena digestión, los burgueses de gabán y sombrero de copa, el puro entre los labios, yendo al café á comentar en torno de una mesa, con la taza delante, los sucesos de la víspera, y parados en las esquinas, ocupados en ver pasar la gente, hablando á veces, escupiendo á menudo sobre las baldosas del piso, los innumerables ociosos de Madrid, matan el tiempo en actitudes llenas de indolencia, y toman el sol con la serenidad del orgullo legítimo de hidalgos españoles.

Suenan, entre tanto, al principio de la calle, los acordes vibrantes de una charanga militar, y un regimiento de infantería sube en correcta formación hacia las afueras, precedido por los gastadores, de aire marcial, que ocupan toda la anchura de la calzada. El fusil al hombro, la mochila, sobre la que se ajusta la tartera, sujeta á la espalda, calzados con alpargatas cuyas cintas negras rodean el tobillo, los soldados desfilan, marcando el paso, bajo el sol radiante que al quebrarse en la superficie tersa de las bayonetas, deja en la retina chispas de luz cruda.

El día acaba en medio del bullicio de la ciudad, en plena animación hacia el crepúsculo: la sombra se vá extendiendo sobre la calle y los operarios del gas corren á encender los faroles, á tiempo que regresa del paseo la sociedad ociosa y elegante. Los cafés lentamente se iluminan, proyectando su claridad á través de los cristales sobre los grupos de gente que baja, revuelta y confundida, hacia el centro de la población.

Las mamás, ceñidas y ajustadas por el corsé, que sujeta las formas desbordantes, van detrás de las pollas, de polison enorme, pintadas, dejando un olor de polvos de arroz, que absorbe entusiasmado el novio, pegado á sus faldas, flameante y estirado cual figurín de sastrería. Las ruedas de los coches rechinan sobre los adoquines y los caballos briosos, de limpios arcos y bocados relucientes, arrastran los trenes de la aristocracia y las berlinas de las *cocottes*, arrelinadas sobre los almohadones del carruaje, con gestos de reina, desbordando de vicios en medio del lujo que paga su vergüenza, y allí, en lo alto, el ocaso su ilumina, envuelto en espejismos de luz que dibujan reflejos rosados.

Mujeres bonitas pregonan los periódicos de la noche y de nuevo la calle se llena de gente y de ruido; las linternas de los coches y los faroles del tranvía producen á distancia el efecto de lucecitas caprichosas que se mueven en la sombra, los transeúntes pasan con los gabanes abrochados ó envueltos en las capas; modistillas de andar rápido y airoso, llevando en las manos paquetes de ropa, se paran ante los escaparates de los joyeros, codiciándose con estudiantes bromistas; los políticos corren de un lado á otro en busca de noticias: familias burguesas dirigen sus pasos al teatro y desde los cafés atestados de gente llega hasta la calle el rumor apagado de las conversaciones, mientras que, parados sobre la acera, grupos de toreros, estorbando el paso, requiebran á las mujeres y exhiben su botonadura de brillantes que irradian en cascadas luminaosas.

El reloj de la Puerta del Sol apunta las dos de la madrugada y de vez en cuando cruzan la calle algunas Venus de

la acera, codeando á los raros transeúntes.

En la calle, solo se oyen las pisadas de la pareja de guardias que en monótona ronda recorren la vía solitaria, y se percibe á lo lejos el débil resplandor del farolillo del sereno que duerme, arrebujado en la manta, sobre el quicio de una puerta.

NICOLAS SALMERON Y GARCIA.

CARTAGENA

(De El Globo.)

Marchamos en el tren, camino de Cartagena, aprovechando un hermoso día que el Ayuntamiento de Murcia nos deja libre, antes de obsequiarnos con una magnífica fiesta campestre en las faldas de la sierra.

Mejor que en hacer una visita al soberbio Arsenal, no puede emplearse el día: allá vamos pues, resbalando dentro de la locomotora bajo un sol que centellea como en Junio, y apreda la superficie del agua, sembrándola de raudas chirivitas. El calor nos ha hecho quitarnos los abrigos, y lo hermoso de la mañana atrae nuestro rostro para enmarcarlo en las ventanillas y dejarlo contemplar el sorprendente panorama de la naturaleza. Diferenciase el campo de Murcia del de Cartagena, en que este recuerda las llanuras de la Mancha con sus molinos de viento, entre los cuales se alzan, mirándose unas á otras, las palmeras. Poblandose unas de Castilla de una vegetación deslumbrante; derramada cerca y lejos casas de campo, quintas de recreo, bosquesillos elegantes rodeados de lagos deliciosos, huertas, olivares, eucaliptus con las fibras del tronco retorcido en espiral y marcando los linderos de los caminos; convertida las arideces de la Mancha en jardines que recuerdan los de Valencia y los esplendentes huertos murcianos; arrojado de las llanuras la figura de D. Quijote, y espantado y haced correr al rucio de Sancho, poniendo en su lugar fuertes que limiten el horizonte, y tendreis la risueña vega como la de Jerez y como la de Granada.

El motivo en las provincias de Levante es la palma; para ojos que no han visto el Mediterráneo desde estas provincias, el espectáculo, nunca imaginado, llama poderosamente su atención.

Así, á medida que el tren adelanta, crece nuestro entusiasmo, y pediríamos á la tierra leguas y leguas de ese mismo paisaje que tanto nos seduce y nos admira.

Cartagena muestra al fin en las cimas de sus prominencias los fuertes de La Concepcion, Galeras, San Julian y Montesacro, el pantano que la rodea, á la sazón cubierto de gaviotas que pasean su blancura sobre el espejo azulado y mortecino; las chimeneas de sus fábricas de cristal y de fundición de hierro y plata que arrojan el humo en lentos pellugones, como color que sale al contacto de los dedos del tubo, y cae bello y crudo sobre la paleta; las atalayas que dominan el mar entre castillos en ruinas y oscuros edificios; la muralla de muchos metros de espesor que defiende la ciudad histórica, y le da el aspecto de guerrero armado de lanza y escudo de aimadura, y las pendientes de riscos de los montes que forman las paredes de la enorme taza dentro de la cual flota como flor abierta la ciudad.

Ya en la estación, emprendemos á pié el camino para observar mejor los incidentes. Entramos por un arco abierto en la muralla, pasamos revista con la mirada á los fuertes situados en las alturas, y penetramos en las calles.

Las ventanas de rejías salientes adornadas de persianas y repetidas incesantemente en los edificios de dos y tres pisos; las tiras de cielo que cubren del más alegre modo las vías y las plazas plantadas de enanas palmeras; las notas verde y celeste, una en los infinitos trozos de cielo que por doquiera se descubren y otra en el profuso y extenso balcón; es lo que sin cesar descubren los ojos allí donde van á fijarse, cuando no tropiezan con los animados comercios del tránsito, con el bullicio de la gente que va y viene en todas direcciones, con los vendedores de pescadito que ponen sus cestas al borde de las aceras, con los puestos de bufuelos donde la gitana forma los aros con la masa, con el vaciador de tijeras, con el bazar de quincalla, con la lujosa betunería, con el cochero que conduce de las riendas al caballo, el cual mira por los dos círculos de tela de su traje, con los infinitos extranjeros que dan á la ciudad el aspecto de un mercado europeo, con los marinos que recorren las calles, con los

gozar de la claridad del sol, que brilla en el patio. Mi mujer me hace observarlo á pesar mio. —¡Aguarda! ¡aguarda! Puede volver á empezar. —¡A empezar qué? —¡Habla durmiendo, Percy, cuando le ví por primera vez. Soñaba algo terrible. ¡Cállal! Ya vuelve á empezar.

Lo miro y escucho. Se mueve en su miserable lecho. Habla, ó más bien murmura entredientes estas palabras: —¡Despiértate!... ¡Despiértate!... ¡Socorrol... Hay un intervalo de silencio. Mueve lentamente un brazo demacrado, hasta que lo coloca sobre su cuello; se estremece y se revuelca en la paja; levanta su brazo, y lo extiende un poco; su mano trata, al parecer, de cojer la extremidad de alguna cosa; veo que sus lábios empiezan á moverse; entro sin hacer ruido en la cuadro; mi mujer me sigue agarrándome la mano. Nos inclinamos los dos sobre él. Vuelve á hablar durmiendo, y dice esta vez cosas muy extrañas sin ilacion.

—¡Ojos azules claros, y un lunar en la mejilla—¡omolse murmurar,—pelo rubio con una cinta de color de oro... ¡Está bien, madre! Hermosos brazos con un poco de vello... Una manita de mujer con uñas muy sonrosadas... Maldito cucubillo... primero de un lado, luego de otro... ¡Ah que demonio de mujer, ¿á donde ha echado el cucubillo?

Se calla y de pronto se estremece. Se agita en su lecho. Levanta las manos en el aire y hace esfuerzos para respirar. Sus ojos ábrense de pronto. Durante un momento parecen no mirar nada, y brillan sin expresión; después se cierran, y vuelven á entregarse á un profundo suño. ¡Soñará ya? Sí... Pero supersedilla ha

tomado otro giro, pues cuando empieza á hablar, su voz ya no es la misma. Sus palabras son pocas... y tristes, las repite varias veces como si suplicara á alguien. —¡Dime que me amas!... ¡Te amo con delirio!... ¡Dime que me amas!... ¡Dime que me amas!...

Cada vez duerme más profundamente, mientras repite esas palabras. Por fin mueren en sus lábios. Ya no habla. Mi mujer ha triunfado, sin embargo, de su temor. Ese desgraciado, tendido en la paja, ha despertado las fibras más sensibles de su corazón. Su insaciable pasión por las novelas, la obligaba á querer averiguar más respecto al que había oido hablar sin ilacion en un sueño. Me tiró del brazo con impaciencia.

—¡Oyes, Percy! hay una mujer en el asunto. ¡Se trata de una cuestión amorosa, de un asesinato, Percy! ¿Dónde está la gente de la posada? Sal al patio y llama otra vez.

Mi mujer se oriunda por su madre del Mediodía de Francia. El Mediodía de Francia produce mujeres notables por su belleza y por el fuego de su temperamento. No digo más. Los hombres casados comprenderán mi posición. Los solteros necesitan que se les diga que en ciertas y determinadas circunstancias, no solo debemos amar y respetar á nuestra esposa, pero tambien obedecerla ciegamente.

Me dirijo, pues, hacia la puerta de la cuadro para obedecer á mi mujer, y me encuentro con un extraño que examina lo que hacemos allí. Es un viejo, calvo y con la nariz arrebatada. Usa calzon corto y polainas de paño gris y un venerable frac negro de la época de Franklin. Adivino por instinto que me halló ante el dueño

—Nadie absolutamente, caballero

productos comerciales que se descubren en todas las tiendas, y con el aspecto de ciudad abierta al progreso y á la vida, que ofrece las escaleras de sus muelles á todos los viajeros del mundo, y á pasajeros de todas las naciones.

Antes de visitar el arsenal, dimos un largo paseo por el puerto. El mar estaba rizado; la enseada parecía hallarse cubierta por una alfombra de raso azul llena de arrugas y pliegues que formaba el aire con las olas. A lo lejos movía su brillantísima armadura de plata, donde las escamas y rayos y chispas bailaban en hervidero lujoso, despidiendo una energética irradiación. Mas cerca, el agua quieta y profunda, llena de sol resplandeciente, adquiría tonos de pátida esmeralda con disueltas gotas de azul. Alguna *lisa* saltaba como un cuchillo de plata y ensañaba el lomo verdoso, para caer y romper en palmas cristalinas la ola. De un vapor que arrojaba de su vientre infinitos productos comerciales, bajaba, suspendido por una cabría, un inmensísimo tonel, como si Baco arribara á las playas de Cartago, y conduxera su cargamento de vino de Falerno. Las gruas rechinaban girando entre el ruido de la máquina y alzaban del mar sacos de harina y bultos de todos géneros; los comboyes unían sobre la esplanada sus paños y se dividían en hileras interminables; un trabajador reducía con una pala la orla de un rubio montón de maíz. En el agua mecíanse barcos de abierto velamen, balandras, goletas, vapores, lanchas de diversas formas y figuras. Sobre el muelle pasaban á enredar sus nudos en los postes, gigantescas maromas de abacá, de esparto, de cáñamo, que sujetaban los buques anclados en el puerto. Al fondo, altas pilas de tabloncillos recordaban las rectas baterías del órgano, y apuntaban al mar con sus puntas corpulentas, troncos enormes de caoba. El muelle presentaba el más brillante de los cuadros, y mientras el olfato recogía con ansia en la abierta nariz las brisas cargadas de sales marinas, el oído percibía el martilleo del *calafate* que allá en la punta recordaba su barca entre redes tendidas á secar, casi bajo la proa de un buque, cuyo remate era un negro etíope con zarcillos, traje blanco lleno de pliegues artísticos y un salvaje haz de plumas tirado hacia atrás en la cabeza.

Las ruedas de un vapor abandonadas, enseñan cerca del *calafate* sus oxidaciones de hierro alteradas con bellotas y pollizas de mar, seda marina que hace grecas fantásticas sobre el hierro, ostras y cirrópodos.

Las campanadas de un reloj que anunciaba las dos de la tarde, nos recordaron que el vicealmirante D. Carlos Valcárcel y su hijo y ayudante D. Carlos, á quin tanto reconocimiento debemos, el comandante general, jefes de brigadas, el capitán de infantería Sr. Paadín, y oficialidad del departamento, nos esperaban para enseñarnos en persona—diferencia que tanto les agradece—los buques que actualmente se construyen en el arsenal, y las obras nuevas y los talleres infinitos que posee.

Una cantidad inmensa de operarios trabajan en el grandioso arsenal, de cuyo dique acaba de salir la *Namancia*, que hoy enseña todas sus banderas, enclavada en las aguas del puerto.

Los buques *Reina Mercedes* y *D. Juan de Austria*, á pesar de la rapidez con que se llevan sus trabajos, no podrán botarse al agua hasta fin de Marzo, el segundo, y hasta fin del año 88 el primero. Los dos son buques hermosísimos, superiores á todas las hipérbolas, que serán orgullo de la escuadra española.

También se trabaja con actividad en el *Conde de Venadito* y *Lepanto*, dos buques de colosales dimensiones, que serán tan hermosos como los primeros.

El tiempo tasado de que disponemos nos impide ver todo el Arsenal, y lo que vemos es á la ligera.

Entramos en los dormitorios del cuartel, más cuidados y mejor dispuestos que nunca, con sus armarios á la cabeza de los lechos, donde se guardan objetos y equipajes, y del lado de los cuales penden las armas; vemos los nuevos pabellones acabados de construir, con sus techos de hierro magníficos, y su local amplio y grandioso; recorremos casi entero el cuadro de inmensos edificios que rodea el Arsenal; atravesamos el agua en una lancha de vapor que nos deja al lado del dique para inspeccionar los buques en construcción; pasamos por las fundiciones donde el hierro borbotaba vívido y candente; recorremos la sala de proyectiles; la de torpedos, donde podemos admirar el debido al individuo del ejército, Bustamante; la de cañones, llena de operarios y de gigantes instrumentos de guerra; oímos el himno tremendo y ronco de los mar-

tillos levantando ecos de batalla que repercuten con fragores de trueno en los salones; vemos las chispas esplendentes de las fraguas salir en todas direcciones en explosión de balas de oro, que chocaban fulgurando contra los muros: nos descubrimos ante los restos sagrados de la *Zaragoza* y la *Sagunto*, que sostienen el viejo casco sobre las aguas, esperando desaparecer para siempre; cruzamos talleres y talleres, unos invadidos de enormes calderas, otros de hornos donde rugen alzándose en pluma rizada la llama; recibimos todo género de atenciones del capitán general y de su hijo, que llegaron á despedirnos hasta la ciudad; montamos nuevamente en el tren, y desaparece de nuestra vista la ciudad con la cual habíamos soñado tantas veces, y cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria.

S. RUEDA.

Cartagena 6 Diciembre 87.

EL MEDICO

(BOCETOS SOCIALES.)

Impoluto, atildado, elegante, correcto, de clarísimo ingenio, soñador, es el médico de las aristocracias D. Juan Criosotomo Palomero.

Pocos años lleva de profesión, y su palabra, y sus condiciones acomodaticias, por haber adquirido la certidumbre de que las drogas y medicinas, la condición principal que las caracteriza, es la de no servir para nada; y comprendiendo con todo producen notabilísimos efectos cuando la parte moral del enfermo tiene fe en su eficacia; como hemos dicho al principio, todo su talento, que es claro, y su palabra, que es brillante, cuadrándole bien su nombre de pila, son los remedios que adopta para sus diagnósticos, los que en general le dan buenísimos resultados.

Al llegar á casa de uno de sus enfermos de clase, y pulsarlo, y conocer sus achaques por su referencia, inmediatamente, y cada vez con más prudencia, reservándose bastante su opinión, hasta conocer los caprichos del enfermo, le propina sencillamente una purga. El paciente ó la paciente demuestra en la contracción de los músculos todos de su semblante, más caracterizados en el espanto que retratan sus ojos, y en las plegaduras epidémicas de su boca, la aprensión, el asco, la violencia de tomar tal jarope; y nuestro doctor, casi siguiendo el hilo de su dictamen, añade: "ó una sangría"; y más rápidamente, por la misma anterior causa: "ó unos baños de piés."

En esta última opinión se ha detenido, por haber visto armonizarse y tranquilizarse las facciones del enfermo; y en este punto se extiende en notables explicaciones de las tres medicinas propuestas, aplicando á la primera lo menos diez grados de bondad; á la segunda veinte; y á la tercera mil; dilatándose en decantar su más completa eficacia y resultados.

Si visita á otro enfermo, cuyos padecimientos casi diarios son los indigestiones, Lúculo en los placeres de la mesa, y cuyas aficiones cinegéticas son notoriamente conocidas, no le receta, como fuera natural, la dieta, sino sólo prescribe que su alimentación sea por dos ó tres días de manjares de condiciones laxantes, y además lo conveniente que sería, no el acecho en puesto para la caza, sino el volateo, y este volateo hasta la distante sierra, cuyos aires batidos, y acres y perfumados aromas, dilatan y exponían los pulmones.

No hay que decir con este sistema que hemos nombrado acomodaticio, y donde predominan siempre las prescripciones higiénicas, como ataca á la vez en toda la parte moral, y en parte la física, produce la fe y el entusiasmo en sus enfermos, y obtiene, repetimos, los más admirables efectos.

Entre las visitas de pobres que hace, que son las menos, no lleva tan en absoluto este proceder, y sin embargo, cada día va convenciéndose más, que mayor número de enfermos suyos se salvan con el primer sistema que con el segundo.

Su talento claro de médico y sus estudios, que los hizo con aprovechamiento, le han convencido y le convencen cada día más, que la medicina es absolutamente ineficaz; y que el médico solo sirve con su presencia para animar y revivir el espíritu en el enfermo, y para consolar y sustentar la esperanza en el mismo y en toda la familia.

Dijimos al principio que nuestro héroe era soñador, pero este espíritu estaba separado del que iluminó á Averroes y Galeno.

En las consultas era brillantísimo. ¡Qué

conocimientos desplégaba sobre el atomismo en sus manifestaciones en los vasos! ¡Qué práctica tan profunda en los huesos, vísceras y músculos, y la fibrilación de las venas, y sobre todo en las partes del cerebro, en su hueso esfenoidal, y en las encéfalitis de las membranas aragnoides y meninges! Su familia verdaderamente era maravillosa, y con su instrucción y conocimientos lleva siempre el convencimiento á todos sus compañeros de consulta, y á los interesados de la familia del enfermo.

Sin estudios, casi con su intuición observadora, era un etiólogo eminente. ¿Pero, tenía fe en su profesión? Ya hemos visto que carecía de ella, porque era soñador, y soñador de fausto y de grandezas, pensando en mejores destinos, en más completo porvenir, para poder disfrutar sin límites en las atmósferas de su fantasía recorriendo *villas, chateaux* y grandes hoteles que pueblan los *touristias*. Aix-les-bains, Eaux-bonnes, Biarritz, Barne, San Sebastian, Scutari y Chipre.

Sus libros favoritos, Chateaubriand, con su Atala y sus Mártires, la hermosísima cimonocoe; las conferencias de Lamartine y su viaje á Oriente, tan fastuoso, mucho más fastuoso, mucho más grande, que el que realizaron todos los príncipes y emperadores de la tierra; por último, y sobre todo el viaje á Italia de Alarcón, cuyo itinerario, cuyas paradas, fondas y hoteles y monumentos que se borran de su memoria, pues su fe de continuo con realizarlo, le hacen que su fortuna propia, que pudiera ser bastante para hacer dicho viaje con facilidad, la gaste y la gaste continuamente sin recordamiento en la lotería nacional, en esa institución neo-moralísima, de la que se desprende, que pasando la vida en la vagancia, se pueda con un golpe de fortuna y de azar, olvidar para siempre todo trabajo y actividad humana, que es lo que sostiene las sociedades y pueblos en estado de progreso y moralidad.

La verdad, además de las condiciones de nuestro héroe, son la prodigalidad, el gasto, el derroche, al que su clara razón é inteligencia no pueden sujetarse á medida.

En sus aficiones literarias como hemos dicho es eminentemente poeta, pero poeta de la prosa, con Lamartine, con Chateaubriand, con Fenelon, con Castelar, más no así con la rima castellana. Conoce también el italiano, y es decidido por el *bell canto*, y sabe mil versos del Dante, del Tasso y de Boccaccio, alguna frase terrible de la tragedia Mérope de Alfieri, alguna cantilena de Metastasio, sonetos de Petrarca, la oda á Napoleón de Manzoni, y algunos subidos conceptos del Arnetino y de otros varios.

No hay quien le iguale en el sentimiento, en la percepción musical, y en la apreciación exacta de las melodías, de los efectos, de lo bello. Sabe que la música de Pacini, y la de Bellini son profundas; la de Donizetti amorosísima, la de Rossini filosófica, la de Gounod elegante, la de Auber acalaverada y deliciosa, y por último la de Meyerbeer gigante, y la de Verdi en general y en sus últimos tercios ruidosísima y dura. A lo menos estas son sus firmes aseveraciones, en las cuales no diremos que esté muy acertado.

No le hablé de títulos, ni condecoraciones ni cintajos. Tiene de ello tal concepto, que si se los brindaran, lo consideraría como una ofensa.

Y creemos que lleva razón, pues ha conocido unos cuantos títulos, elevados á tales, desde escudradores y jefes de bandidos en asociación, hasta tahúres de toda la vida, jugadores de oficio; y muchos, muchísimos, casados con conocimiento de causa para tener como hijos, los que les den los ministros y capitalistas en sus señoras.

¿Alcanzará la lotería y su primer premio de Pascua, para conseguir sus suñíos? Esperemos.

DAMASO DELGADO LOPEZ.

COMESTIBLES

EN LAS PASCUAS DE NAVIDAD.

(De El Resumen)

No hay hoy asunto de mayor actualidad, que el que queda apuntado en el apígrafe. Aunque no hubieran terminado en la alta Cámara los debates del Mensaje, no hubiera podido estar la atención pendiente más tiempo de los discursos de los oradores.

Triste es decirlo, porque denota el grosero materialismo de la condición humana; pero hoy por hoy, inspira más interés que la tribuna el escaparate de Lhardy, que parece la apoteosis vista en sueños por un gourmet.

En todos los puestos de la coronada villa, se ven los templos levantados al dios grasiento y m-filudo de la gula; forman la base los cajones de pasas de Málaga y de aplastados higos de Fraga, y las almenas los barriles donde entre romero y tomillo se baña en apetitoso caldo la aceituna; la granada, parecida á los globos que llevaban en la mano los emperadores de la Edad Media y henchida de granos de rubí, forma artísticos montones al lado de la sonrojada naranja y del amarillo limón; por todas partes se ve el jamón de York acomodado en sus cajas como la joya en el estuche; las terrinas de *foie gras* se alzan en medio de las blancas carnes de las pollas de Mars y de Perigord.

De todos los ámbitos de la Península vienen, para abastecer la villa, las especialidades de la comarca, los capones de Vizcaya, los jamones de Trevelez y Montañez, los sabrosos pescados de la costa del Cantábrico, las frutas de Andalucía y de Valencia, las verduras de la huerta de Murcia, las nueces y las castañas del Norte, y, en fin, cuanto se cría y se produce en España.

Pero el colmo de toda la apoteosis de esta gran decoración gastronómica que Madrid presenta, es el escaparate de Lhardy que parece la traslación de la casa Potel et Chabot de París á Madrid.

Entre los rasgos más salientes de la fastuosa ostentación del duque de Osuna cuando representó á España en Rusia, se cita la cena de un bife en que hizo servir las frutas de América en la misma planta; pues bien, merced á los adelantos, á la facilidad de las comunicaciones, al impulso que el progreso, ha dado á todo, lo que hace unos cuantos años podía realizar sólo un magnate de colosal fortuna, lo puede llevar á cabo un particular de capital más modesto sin tanto desfilfarró.

En casa de Lhardy se encuentran las piñas de América en la misma planta en que nacieron, hermosas y perfumadas bajo las caricias de aquel sol espléndido. Es delicioso verlas como se alzan guardadas en el tiesto donde han sido trasplantadas; sus largas y verdes hojas las sirven de envoltura, como el abrigo en que se *forra* la dama elegante para ir á un baile; entre las hojas y el fruto le resguarda aún más de las inclemencias del tiempo el algodón en rama, que es como la *pellice* que las s-foras ponen sobre el desnudo delicado de su escote, y en medio de todos estos cuidados aparece dorada y sabrosa la fina fruta que trae aromas de América en medio de los hielos de Madrid.

Ya, para las frutas, para las verduras delicadas, no existe el turno de las estaciones, y no hay que esperar la primavera para comer los jugosos espárragos naturales, ni el principio del verano para saborear las delicadas peras.

Lhardy tiene hoy espárragos naturales mejores que los que vienen de Aranjuez en los días tibios de Mayo; las peras que se ven en su escaparate parecen recién cogidas de los árboles gigantes de un jardín maravilloso; las avas parecen recién cortadas de la vid.

Aquello ha de ser sabroso como la *fruta del cercado afeno*. Por el estilo de esas peras debía ser la manzana que tentó á nuestra madre Eva; el *pero* de Ronda, á pesar de su linajudo origen, no haría mala boda casándose con ella.

El *foie gras* de Strasburgo se presenta como Lohengrin, el caballero del Cisne, bajo espléndida armadura de plata. Las trufas se desbordaban aromáticas en las trenzadas cestas, y los faisanes revestidos todavía de las vistosas plumas que les dan aspecto de magnates indios, los capones que muestran sus amarillentas y mantecosas carnes para demostrar que existe frescura compatible con la muerte, todo da al artístico escaparate del célebre y antiguo establecimiento de la carrera de San Jerónimo, el aspecto de uno de esos magníficos cuadros de la escuela flamenga que adornan los comedores de los grandes palacios.

Hay allí elementos para servir una cena á lo Lúculo, sin salir del escaparate. Brillat Savarin podría haber dispuesto varios *menus* apetitosos; el doctor Thebussen y su amigo el famoso cocinero de S. M., encontrarían allí, de seguro, asunto para sabrosas disertaciones.

A las últimas horas de la tarde, suele ser el célebre restaurant centro de agradable reunión; allí acuden á restaurar sus fuerzas con el humeante *consommé* elegancias y bellezas que encuentran bien pronto coro de adoradores.

Ayer, víspera de Navidad, cuando era mayor la concurrencia, Agustín Lhardy, que sabe hacer los honores de su casa como un artista, enseñaba una cesta de hermosos cangrejos del Rin que acababa de recibir.

Estaban todavía vivos los compatriotas de Bismarck, y se agarraban á cualquier parte como buenos alemanes.

Un marqués muy conocido que tiene asiento en el Senado y goza de pingües riquezas, miraba con asombro á los sabrosos bichos murmurando:

—¿Qué cosa más rara!

—¿Qué es lo que le asombra á Vd., marqués,—le preguntaron,—el tamaño de los cangrejos?

—No eso, aunque son en verdad grandes; lo que me asombra es el color.

—¿Pues y eso?

—Es que no había visto hasta ahora más que cangrejos encarnados.

K.

SONETO.

La conocí en la Fuente de la Teja, Convidada á almorzar, nos entendimos Y algún tiempo después, juntos vivimos En un cuartucho que alquilé á una vieja.

Como el bien parecer nos aconseja En octaviana paz siempre estuvimos, Pero al cabo y al fin nos aburrimos, Y todo concluyó sin una queja.

Tal el término fué de unos amores Sin celos, sin engaños ni porfías; Y pensar que acabaste mi Dolores...! Mas ¿para qué venir con tonterías?

¿Qué le importa saberlo á mis lectores. Si estas cosas se ven todos los días?

A. N. Tagui.

LOS BEBEDORES DE ETER

A fines del siglo último, á consecuencia del descubrimiento de las propiedades *exhilarantes* del protóxido de azoe, por Humphry Davy, se puso de moda en todos los laboratorios la borchera de éter. Estudiantes, médicos, farmacéuticos, lo absorbían en cantidades considerables, Briquet y el químico Houelle gastaban, según se dice, hasta una pinta diaria.

Más tarde, los artistas del período romántico, no dejaron de abrir por este medio lo que Baudelaire llamaba "paraísos artificiales"; estos éxtasis más ó menos celestiales, fueron descritos por Granier de Cassagnac.

Pero la fantasía de algunos literatos había puesto en moda el haschich, y el éter no le pudo destronar.

Hoy los eterómanos, como se les llama, parecen ser más raros que entonces. Muchos se detienen en la pendiente de la eteromanía, otros la siguen y llegan al embrutecimiento y á una muerte prematura.

Generalmente los eterómanos, empiezan por respirar algunos vapores de éter, para disipar una jaqueca ó calmar sus nervios; luego, so pretexto de olvidar sus penas, de aliviar sus dolores; se sumergen en una semi-embriaguez cuyos suñíos corresponden á sus deseos.

Un observador—Sauvet—ha experimentado en sí mismo los efectos de una inhalación de éter que prolongó hasta cuatro minutos.

"Al principio notó una sobreexcitación de la memoria; cosas que creía olvidadas, acuden espontáneamente á su imaginación. En este momento siente que le pinchan, pero no experimenta ningún dolor. Luego viene la agitación del delirio, cree oír un vals y se pone á bailar con una silla; toma por un caballero los dibujos negros de una alfombra. Un momento después, vé una mujer muy pequeña paseándose por el piano, sin que ningún objeto real pueda dar lugar á esta visión. Después de esto empieza una agitación extrema. Al cabo de veinte minutos, la embriaguez se disipa dejando el recuerdo de un sueño delicioso."

Aquí, en el sueño, está el atractivo y el peligro de esta embriaguez; bien pronto, en efecto, la inhalación no basta á provocar el delirio, y el eterómano bebe el éter.

Los bebedores de éter abundan, sobre todo, en Inglaterra, y se cree que no han sido extrañas al desarrollo de esta costumbre las sociedades de templanza y las predicaciones contra el alcohol. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que en Londres, en las calles, en Epsom, en las inmediaciones del hipódromo, se hallan con frecuencia frañcos de éter que algunos maniacos arrojan después de haberlos vaciado.

En Dravenstown, condado de Londonderry, los habitantes beben una mezcla de éter y mal alcohol, que embriaga rápidamente á pequeñas dosis. El eterómano es alegre, expansivo, locuaz, hasta el punto de que revela sus más íntimos pensamientos y denuncia secretos comprometedores. Por este motivo Majendie rechaza la eterización en cirugía por in-

moral. En la segunda fase de la embriaguez, la excitación se acentúa y las más de las veces llega á hacerse peligrosa; luego la escena termina con una depresión que se resuelve en un sueño pesado. Como la mayor parte de los eterómanos se oculta para entregarse á su pasión, pues si no el olor les denuncia, no hacen sin traña alguna. Antes y después, acaban por ser víctimas de sus excesos, porque la costumbre les arrastra á envenenarse cada día más. Con este régimen, su razón se altera, sus facultades se entorpecen. Unos se entregan á actos punibles, que los llevan á los tribunales; otros derrochan locamente su fortuna—hace algunos años uno de ellos se gastaba 30.000 pesetas en objetos de culto.—Hay algunos que, en sus caídas, se producen graves contusiones; en fin, cuántase de alguno, que ignorando ó olvidando la extrema infinidad de los vapores del éter, ha muerto abrasado.

Biblioteca DE LA OCEANIA ESPAÑOLA

CATECISMO DE AGRICULTURA CIENTIFICA. Libro indispensable á todos los agricultores ilustrados. Por Jhonston y traducido para *La Oceania Española*.

—LOS CHINOS EN FILIPINAS. *Males que se experimentan actualmente y peligros de esa creciente inmigración*. Un folleto en 4.^o de 130 páginas.

—EL FERRO-CARRIL DE MANILA A DAGUPAN. Folleto que trata de los ferro-carriles en general; describe el de Manila á Dagupan; contiene condiciones de su construcción y tarifas de explotación.

—CAMARINES SUR. *Descripcion general de esta provincia, con un mapa de la misma*. D. Adolfo Puya Ruiz. Un tomo de 260 páginas. A cuatro reales cada ejemplar.

—PLANO DE LA CIUDAD DE MANILA, en mas reducida escala tomados del que tiene el Excmo. Ayuntamiento. Un pliego marquilla 2 reales.

Novelas originales.

—EL ADELREZO DE PAQUITA. *Historieta filipina original*. Primer tomo de la colección de trabajos literarios de D. José F. del Pan. 3.^a edición.

—LOS PRETENDIENTES DE CARMEN O PERFILES DE NOVIOS. Segundo tomo.

—DOS MESES DE LICENCIA O BOCETOS DE NOVIAS. Tercero.

—CINCO HORAS EN EL LIMBO NUESTRAS TATARANIETAS.

—¿HAY MUERTE DE AMOR?

Tomo cuarto.

—¿HAY QUE VIVIR.

—LAS MEDIAS NARANJAS.

—DIEZ MILLONES DE PESOS O EL TESORO DE MARIANAS.

—REYERTA INCREIBLE ENTRE UN SANTO PREGADO Y EL SOBRINO DEL ALCALDE RONQUILLO.

Dos novelitas históricas que forman el tomo VI.

—IDILIO ENTRE SAMPAGUITAS. Tomo VII.

—EL CABALLO DE COPAS.

—¿SE PARECIAN!

—IRENE.

Tres novelitas. Tomo VIII.

—OTRA ESPECIE DE FAUSTO, LA EDUCACION DE LA MUJER.

Tomo IX.

De cualquiera de estos libritos puede pedir el que guste todo suscriptor que anticipe dos meses de suscripción, y todos ellos, quien pague en Manila un año adelantado.

Fuera de esas condiciones, se vende cada volumen á 2 reales, menos la *Descripcion de Camarines Sur*, que se vende á 4 reales.

Aviso á los Sres. Suscritores DE LA PROVINCIA DE PANGASINAN.

Desde esta fecha cesa en el cargo de corresponsal D. Manuel de Bosch, residente en Lingayen, quedando en su lugar D. José Zulueta, que reside en Dagupan.

Los Sres. Suscritores que aún no lo hayan verificado, pueden abonar á dicho Sr. Zulueta las cuotas de su suscripción ó directamente á esta Administración.

Manila 17 de Febrero de 1888.

El Administrador, JOAQUIN LAFONT.

5

ñándole el chelin. El instinto del bellaco pudo mas que su voluntad.

Vino con nosotros, Mi mujer es muy hermosa, pero no la miró ni una vez, y lo que es aun más raro, no se fijó ni en los caballos. Sus ojos estaban donde su alma se hallaba, y su alma estaba enteramente fija en el chelin.

Llegamos á la cumbre del cerro, y vimos en el fondo del valle á donde íbamos á bajar, el término de nuestra excursion, el pueblo de Underbridge. A seguida, nuestro guía reclamó su propina y nos dejó buscar, como Dios nos lo diera á entender, nuestra posada. Al separarme de él, le di los buenos días. Me miró, mordiendo la moneda para ver si no era falsa, y me devolvió mi saludo con un gruñido salvaje, en su dialecto. Después me volvió la espalda como si lo hubieramos ofendido. ¡Valiente producto de la civilización es semejante animal! Si no hubiese yo visto un campanario en Underbridge, hubiera supuesto que nos habíamos perdido en una isla salvaje.

Al llegar al pueblo, no nos fué difícil encontrar la posada que buscábamos. No hay más que una sola calle, y en medio de ella hállase la posada situada. Es un edificio destartado, y la muestra está borrada. Un gallo con su serrallo son los únicos seres vivientes que aparecen en el portal. No cabe duda que la posada se ha arruinado desde que los caminos de hierro reemplazaron á las diligencias. Atravesamos el portal, y no encontramos á nadie que nos recibiera. Penetramos en el patio donde están las cuerdas; ayudó á mi esposa á bajar del caballo, y nos encontramos en la situación que he referido anteriormente al principiar mi relato. No hay campana. Ningun ser humano contesta á mis

mas, para ver como iba á despertar á Francisco Raven y lo que después sucediese. En un rincón había una escoba; el dueño la coge, se acerca al mozo de cuadra y lo despierta con la mayor sangre fría á estacazo limpio, como si se tratara de una fiera enjaulada. Francisco Raven salta de pronto y se pone de pié lanzando un grito de espanto; nos mira con aire salvaje y que demuestra desconfianza; después se tranquiliza y asume el aspecto decente de un criado de buena casa.

—Dispensadme, señora, dispensadme, caballero.

El tono y la manera con que se excusa, son superiores á su clase. Empiezo á compartir la simpatía que inspira á la señora de Fairbank.

Le seguimos al patio para ver qué trazas se da con los caballos. Al verle levantar el remo del caballo cojo, comprendo que es hombre que sabe su oficio. Conduce, sin tardanza y con tranquilidad, los dos animales á una cuadra vacía. Va en busca de un cubo lleno de agua caliente y baña la pata del caballo.

—El agua caliente hará desaparecer la hinchazón, caballero. Después fajaré la pata.

Todo cuanto hace, lo hace con conocimiento de causa. Todo lo que dice, lo dice con su cuenta y razón. En el no se nota nada de extraño, ni de atolondrado. ¿Es ese el hombre que hemos oído hablar en sueños? ¿El mismo hombre que se despertó lanzando ese grito de espanto que oímos, mirándonos con desconfianza? Me determino á dirigirle unas cuantas preguntas.

—No habrá mucho que hacer aquí,—le dije al mozo de cuadra,

—Poca cosa, caballero,—me contestó.

—¿No hay nadie en la casa?

de la posada.

—Servidor vuestro, caballero,—dijo el vejete.— Soy algo sordo. (Lo era como una tapia). ¿Sois vos el que llamaba hace un rato en el patio?

Antes de que pudiera contestarle, mi esposa intervino en la conversacion. Insiste con voz chillona, pues así lo exigía la sordera del dueño del establecimiento, por saber quien es el desgraciado que duerme ahí sobre un montón de paja.

—¿De dónde viene?... ¿Por qué sueña cosas tan espantosas?... ¿Es casado ó soltero?... ¿Ha estado enamorado alguna vez de una mujer culpable de un asesinato? ¿Qué clase de mujer era?... ¿Le ha dado alguna puñalada?... En una palabra, querido amigo, contadme toda su historia.

El querido amigo esperó con la mayor indiferencia que mi esposa terminase. Entonces la contestó del modo siguiente:

—Se llama Francisco Raven. Es metodista indiferente. Tiene cuarenta y seis años, y me sirve de mozo de cuadra. Esa es su historia.

Al oír esta relacion, mi mujer se deja llevar de su temperamento y dá una patada contra el suelo de la cuadra.

El dueño de la posada se quedó impávido y miró con mucha atención á los caballos.

—¡Vaya un par de animales! ¿Queréis meterlos en mi cuadra?

Contesté con una seña afirmativa. El dueño deseando ser amable con mi mujer, se dirigió otra vez á ella.

—Voy á despertar á Paco Raven. Es un metodista independiente. Ha cumplido los cuarenta y me sirve de mozo de cuadra. Esa es su historia.

Habiéndonos dado esta segunda edición de su interesante relato, entró en la cuadra. Le segui-

llamadas. Mientras permanezco ahí, convertido en un poste, teniendo por las bridas los dos caballos y disgustado de no ver aparecer á nadie, la señora de Fairbank va alegremente á la descubierta en el patio que recorre de un lado hácia otro, haciendo lo que todas las mujeres suelen hacer en casos parecidos cuando se hallan en un sitio que no conocen. Abre todas las puertas que encuentra al paso y mira en el interior. Por mi parte, he recordado á mi mujer, me preparo á llorar por cuarta vez al mozo de caballos, cuando oigo á la señora de Fairbank gritar de pronto: